

# Difuntos, apariciones y los lugares de los muertos entre los antiguos nahuas

Ignacio de la Garza Gálvez

Colegio de Letras Hispánicas-Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

## RESUMEN

Para los antiguos nahuas del centro de México, al momento del contacto con los españoles, la muerte era una parte más de la vida, necesaria para dinamizar el cosmos y permitir la continuidad de la existencia. Los difuntos, dependiendo de la manera en que morían, iban a una de varias moradas de los dioses para seguir trabajando, bajo nuevas formas en las que se transformaban. Con tales formas, los fallecidos o seres de aquellos rumbos podían aparecer en el mundo de los vivos, espantando a la gente, pero también llevando fertilidad o anuncios de lo que estaba por venir. Estas creencias y relatos dieron forma a una narrativa de lo fantasmal que aún perdura en las tradiciones orales mexicanas y de regiones cercanas. Para el presente artículo, me centraré en aquellas apariciones y narrativas que tienen la característica de provocar emociones de miedo en la gente.

*Palabras clave:* muerte, nahuas, Mictlan, Tlalocan, apariciones, susto, miedo.

## ABSTRACT

For the ancient nahuas of central México at the moment of the contact with the Spaniards, death was just another part of life, needed to dynamize the universe and let the existence to continue. The death ones, depending in the way they past away, went to one of the many places where the gods lived so they can continue working by passing through a transformation to get a new form. Under these new forms, the death ones or beings of those places could appear in the world of the living, scaring people but also spreading fertility or announcing the future. These beliefs and stories shaped the ghost's stories that are still told by the Mexican oral traditions and of those adjacent traditions. For this work, I will focus on those scary appearances and narratives that has the characteristic of provoke fear.

*Keywords:* Death, nahuas, Mictlan, Tlalocan, apparitions, fright, fear.

*Ce iuh mitoaia; in jquac timiqui, ca amo nelli timiqui ca ie tiyoli,  
ca ie titozcalia, ca ie tinemi, ca tiça*  
[Pues así decían: cuando morimos, no es verdad que morimos, pues  
todavía vivimos, pues resucitamos, existimos, nos despertamos]

CÓDICE FLORENTINO

**P**ara los antiguos nahuas, dado que la humanidad había sido creada por los dioses para trabajar y servirles, no había pretexto para dejar de llevar a cabo sus labores, ni siquiera la de la muerte. Ésta era considerada como una parte constitutiva de la vida, *yoliztli*, que dinamizaba el mundo, permitiendo el movimiento (*ollin*), la transformación de los seres y la renovación de la vida.

Bajo nuevas formas tras la muerte, los individuos habitarían en nuevos ámbitos, pero esto no impedía que entraran en contacto con los vivos, muchas veces de maneras que infundían miedo, temor o sentimientos de burla. Tales manifestaciones podían variar en las intenciones de los aparecidos, ya fuera que se presentaran para anunciar algún suceso o demandando ciertas atenciones o buscando alimentos; podría ser que ponían a prueba a los individuos o, en ocasiones, sólo deseaban burlarse de ellos. Estas posibilidades no eran excluyentes entre sí, siendo que los distintos motivos podían estar presentes en una misma aparición.

Es muy interesante notar que gran número de los elementos narrativos presentes en los relatos sobre las apariciones de deidades o de determinadas entidades, siguen presentes no sólo en la narrativa oral y escrita de los pueblos denominados “indígenas”, sino también en las culturas mexicanas, incluidas aquellas que no se identifican como indígenas e incluso urbanas.

### *Morir para existir*

En la cosmovisión de los antiguos nahuas, todo había sido creado por los *teteuh*, “dioses”,<sup>1</sup> muchas veces a partir de ellos mismos por medio de su muerte: la tierra había sido creada luego de que Tezcatlipoca y Quetzalcoatl mataran y dividieran a una

---

<sup>1</sup> Debido al espacio y a consideraciones pragmáticas, utilizo la traducción convencional de “dios” para la palabra *teotl*, pero hay que aclarar que es un concepto que no tiene una traducción exacta, ya que engloba a distintas manifestaciones sobrehumanas que pueden concebirse como fuerzas, entre ellos dioses y fenómenos naturales, así como personas, estados, seres, etc., que tienen capacidades distintas a las de la humanidad, así como en general para lo sagrado. En otras palabras, *teotl* es un concepto nahua sin correspondencia exacta en español y en lenguas que no forman parte de la llamada tradición mesoamericana.

deidad conocida como Tlaltecuhltli o Cipactli, con quien se creó el cielo, la tierra, los montes, las cuevas, los ríos y las hierbas, y dicha divinidad, a su vez, demandaba ser alimentada con los “corazones de los hombres” (Garibay, 2005: 25-26, 105, 108); Cinteotl “se metió debajo de la tierra” y de las partes de su cuerpo surgieron los alimentos (Garibay, 2005: 110); Mayahuel fue despedazada y devorada por las *tzitzimimeh*, y sus huesos enterrados por Quetzalcoatl, de donde nació el maguey (Garibay, 2005: 106-107); las humanidades que habitaron durante los distintos soles anteriores perecieron y se convirtieron en aves, peces, monos, perros y guajolotes (Garibay, 2005: 27-31; *Códice Chimalpopoca*: 119-120); el Sol y la Luna fueron consumidos previamente por las llamas del fogón divino para surgir como astros y, para que se movieran, el resto de los dioses tuvieron que morir (Sahagún, 2006: 413-416). La muerte, entonces, era para el nahua antiguo la gran transformadora y la que ponía en movimiento la existencia.

En esta creación marcada por la muerte, la humanidad nació bajo la idea de que “no holgasen, sino que siempre trabajasen” (Garibay, 2005: 25), entre cuyas labores también estaría alabar, cantar y danzar a los dioses (Garibay, 2005: 107), es decir, hacer “merecimiento”.

El merecimiento no era simplemente el “mérito”, sino que era la voluntad de los dioses para con los individuos, por medio de la cual decidían cómo serían, qué harían, qué lograrían, cómo morirían, así como una serie de actos y conductas por parte de las personas para hacerse agradables a las divinidades y a la sociedad, que podrían ser auto sacrificios, ofrendas, ayunos, vigilias, abstenciones, luchas en las guerras, pero también realizar bailes y cantos. De esta manera se podía tener un buen o mal merecimiento. Todo esto incidía en las labores que deberían cumplir los individuos tanto en vida como posteriormente en muerte.

Los dioses no eran los únicos que se transformarían tras la muerte. De acuerdo con los informantes de Sahagún y fray Toribio de Benavente “Motolinía”, la humanidad misma, al momento de fallecer, también se convertiría en *teotl* (Benavente, 2014: 35; Sahagún, 2006: 593-594), con lo cual también cambiarían sus formas al pasar a una nueva forma de existencia. Todos los difuntos terminarían siendo, entonces, *teteoh*, “dioses”. Dependiendo del merecimiento de cada individuo, las divinidades decidían un tipo de muerte en particular y, por tanto, un nuevo ámbito en el que se habitaría y trabajaría.

Eran varios los sitios en los que moraban los dioses y a los que acudirían los difuntos para unírseles y seguir trabajando. Aquellos elegidos por el Sol ( muriendo en batalla, en sacrificio, en primer parto o en expedición comercial) irían a *Tonatiuh ichan*, “la casa del Sol”, donde acompañarían al astro en su recorrido diario. Aquellos

seleccionados por las deidades de la tierra y el agua (los que morían por enfermedades consideradas acuáticas, ahogados por causa de entidades relacionadas a dichas deidades, accidentados en cerros o fulminados por rayos) serían alojados en el Tlalocan, “el lugar del Tlaloc”, en donde, a pesar de sus trabajos, existirían de manera placentera y se encargarían de custodiar y repartir las riquezas y la fertilidad. Los suicidas llegarían al llamado Cincalco, “en la casa del maíz”, donde habitaba Huemac. Aquellos infantes que no habían sido aún destetados irían al Chichihualcuaauhco, “el lugar del árbol con senos”, donde eran nutridos hasta que pudieran ser enviados de regreso y volver a nacer en la tierra. Finalmente, para todas las demás personas se encontraba el Mictlan, “el lugar de los muertos”, el cual era concebido como un sitio misterioso donde habitaban los antepasados y la gente estaba “como escondida”, en un ambiente oscuro del cual no se podía saber casi nada, pero, aun así, se habló mucho de él, y que en gran cantidad de pueblos y entre diversas gentes pareciera que seguían existiendo ecos de aquella antigua tradición.

Estos sitios, si bien diferenciados en las crónicas e informes coloniales, no parece que estuvieran tan separados entre sí, siendo muchas veces descritos de maneras similares o confundiendo entre ellos y manteniendo una estrecha relación entre cada uno y el mundo de los vivos (véase Graulich, 1980; Ragot, 2000; De la Garza Gálvez, 2017). Esta cercanía permitía que, en ocasiones, los habitantes de aquellos lugares se les aparecieran a los vivos, particularmente durante la noche o en momentos que podríamos llamar “de crisis”. En ocasiones se aparecían como animales, a veces se manifestaban como fenómenos meteorológicos, pero en otras podrían presentarse como seres verdaderamente escalofrantes. Estas apariciones eran los *teteoh*, “los dioses” (entre los cuales se contaban los difuntos), haciéndose presentes de manera expresa en el mundo.

### *Apariciones y augurios*

*Cuando el tecolote canta, el indio muere*

ISMAEL RODRÍGUEZ, *TIZOC*, 1956

Todo lo que pasaba en el mundo ocurría por la voluntad y acción de los dioses. Sin embargo, ellos daban señales de lo que estaría por suceder, sobre todo por medio de los llamados *tetzahuilitl*. Éstos correspondían “a los hechos que se consideraban como extraordinarios, portentosos: *tetzauhmati*, los cuales a su vez tenían un significado que era preciso interpretar para estar advertido o para ejercer una acción que podía revertir los malos augurios que entrañaba” (Johansson, 2013: 98).

Estos augurios podían ser anunciados por apariciones asociadas a los habitantes de los ámbitos divinos, ya fueran bajo formas animales, meteorológicas o de seres deformes o atemorizantes.

Entre las formas de animales, quizás una de las más famosas y que sigue causando escalofríos en nuestros tiempos, era la de los búhos y los tecolotes,<sup>2</sup> creencia que ha sido aprovechada por la literatura y el cine en obras como la novela *El Zarco*, de Ignacio Manuel Altamirano, y la película *Tizoc* (1956), dirigida por Ismael Rodríguez. Al respecto, los informantes de Sahagún mencionaban sobre el búho:

También cuando oían cantar al búho estos naturales de esta Nueva España tomaban mal agüero, ora estuviese sobre su casa, ora estuviese sobre algún árbol cerca, oyendo aquella manera de canto del búho luego se atemorizaban y pronosticaban que algún mal les había de venir, o de enfermedad o de muerte, o que se les había acabado el término de la vida a alguno de su casa o a todos, o que algún esclavo se le había de huir, o que había de venir su casa y familia a tanto riesgo que todos habían de perecer, y juntamente la casa había de ser asolada y quedar hecha muladar y lugar donde se echasen las inmundicias del cuerpo humano [...] En este caso el que oía el canto del búho luego acudía al que declaraba estos agüeros, para que le dijese lo que había de hacer (Sahagún, 2006: 264).

De manera similar ocurría con el chillido de la lechuza, de la que se decía que: [...] era el mensajero del dios Mictlantecuhtli, que iba y venía al infierno, por esto le llamaban Yautequihua,<sup>3</sup> que quiere decir mensajero del dios del infierno y de la diosa del infierno que andaba a llamar a los que le mandaban [...] (Sahagún, 2006: 265).

Sin embargo, en este caso la respuesta podría no ser tan pasiva como con el búho, ya que quien escuchaba aquéllo podía comenzar a decir injurias, particularmente dirigidas a los dioses de la muerte, “para no ser obligados a cumplir su llamamiento” (Sahagún, 2006: 265). Algo parecido se sigue recomendando hacer entre distintas

---

<sup>2</sup> Por desgracia, estas creencias han llevado a que a estas aves se les ataque o elimine aún hoy en día, y llegan a aparecer notas en los medios de comunicación reportando incidentes, como se aprecia en José Manuel Vázquez Navarro, “Tecolotes, lechuzas, búhos e ignorancia”, *Milenio*, 16 de abril de 2021, recuperado de: <<https://www.milenio.com/opinion/jose-manuel-vazquez-navarro/morir-los-desiertos/tecolotes-lechuzas-buhos-e-ignorancia>> y Yazmín Rodríguez, “Apedrean a lechuza; creen que el ave ‘anuncia muerte’”, *El Universal*, 3 de mayo de 2020, recuperado de: <<https://www.eluniversal.com.mx/estados/apedrean-lechuza-en-yucatan-creen-que-el-ave-anuncia-la-muerte>>. Cabe señalar que este tipo de acciones no ocurren únicamente contra estos animales y tampoco sólo en México y Centroamérica.

<sup>3</sup> *Yaotequihua* era el nombre de un cargo militar, cuya traducción literal sería “el que se encarga del enemigo”.

poblaciones mexicanas (no sólo indígenas y rurales) en caso de enfrentarse con algo “sobrenatural”, ya sea el diablo, fantasmas o nahuales, entre otras entidades, ante las cuales se debe decir indecencias.<sup>4</sup>



**Figura 1** Códice Laud, 5, recuperado de: <[http://www.famsi.org/spanish/research/graz/laud/img\\_page05.html](http://www.famsi.org/spanish/research/graz/laud/img_page05.html)>.



**Figura 2** Códice Florentino, lib. XI, f. 46v.

Esta creencia no era exclusiva de los antiguos nahuas. En el *Popol Vuh*, los mensajeros y servidores de los señores de Xibalbá eran también tecolotes:

Los mensajeros eran tecolotes: / Tecolote Flecha, / Tecolote de una Pierna, / Tecolote Guacamaya, / Tecolote Cabeza, eran llamados los mensajeros de Xibalbá. // Tecolote de una Pierna, solamente tenía una pierna pero tenía alas. // Tecolote Guacamaya tenía plumas de fuego y tenía alas / en cuanto Tecolote Cabeza era sólo una cabeza / no tenía piernas; pero sí alas. // Eran cuatro los mensajeros, con rango de guardianes de la estera // (Popol Wuj, 2008: 66).

Además, en el *Popol Vuh* no se limitan sólo a llevar los mensajes de los señores del Xibalbá: se les ordenó eliminar a la princesa Xquic (acto que no consuman) y también custodiaban las flores de sus amos.

Las aves no eran los únicos animales que podrían provocar temor al ser vinculadas a los *tetzahuil* y a los dioses inframundanos. Sería recomendable acudir al *tonalpouhqui* para librarse de las dudas y temores cuando se veían *pinacates*, ratones mordiendo las ropas o el *petate*, ranas, arañas, hormigas, zorrillos, entre otras criaturas.

<sup>4</sup> Esto es una recomendación de carácter popular y desconozco si existen trabajos académicos al respecto, pero podemos encontrar ejemplos de estas reacciones en recopilaciones de relatos orales tanto indígenas como no indígenas; por ejemplo, en el relato “El nahual de Santiago Tepalcatlalpan” (Mendoza y Rosas, 2020: 68-73); “De noche en el pueblo de mi mamá, nadie sale si no está bautizado” (Molina, 2018: 97) y “Cuando a ella no le gustan ¡los corre a mentadas de madre!” (Molina, 2018: 71).



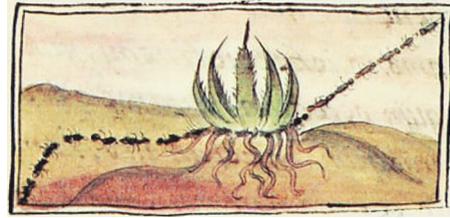
**Figura 3** Pinacate, recuperado de: <<https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Eleodesspp.jpg>>.



**Figura 4** Araña. “Altar de los Animales de la Muerte”, recuperado de: <<https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/altar-de-los-animales-de-la-muerte>>.



**Figura 5** Rana en la casa anunciando “mal agüero”. Véase *Códice Florentino*, lib. V, c. 10.



**Figura 6** Las hormigas en la casa también podrían indicar desgracias. Véase *Códice Florentino*, lib. XI.

Así como los tecolotes del *Popol Vuh* tenían características fuera de lo común, también llegaban a presentarse individuos cuyos rasgos se salían de lo ordinario para anunciar eventos por venir. De acuerdo con el dominico Diego Durán, llegó ante Motecuhzoma un individuo al que “le faltaban las orejas y los dedos pulgares de las manos y de los pies, y pareciéndole no ser hombre humano le preguntó de dónde era”. El sujeto respondió “que era del monte infernal” (Durán, 2002: I, 575). En las fuentes del siglo XVI es frecuente encontrar por traducción al Mictlan la palabra “infierno”, aun cuando este concepto no corresponde con la concepción nahua. Aquel visitante llevaba la noticia de “un cerro redondo que andaba de una parte a otra” en medio del mar, es decir, de la llegada de los barcos españoles. Motecuhzoma mandó a encarcelar al extraño hombre en tanto verificaba la noticia. Tras

corroborar la información envió por aquel informante, pero este había desaparecido, por lo cual lo consideraron “brujo o hechicero” (Durán, 2002: I, 577). Cabe señalar que, previo a la llegada del extraño sin orejas, el *tlahtoani mexica* ya había vivido la experiencia de gente desapareciendo de sus celdas con adivinos y hechiceros a los que había preguntado sobre los *tetzahuil* que había visto. También, de acuerdo con los informantes de Sahagún, habían estado apareciendo “hombres deformes, personas monstruosas; de dos cabezas, pero un solo cuerpo, que luego desaparecían” (Sahagún, 2006: 738).



**Figura 7** La aparición de seres “monstruosos” también anunciaba malos agüeros. Véase *Códice Florentino*, lib. XII, c. 1, y lib. VIII, c. 6.

Uno en particular llama la atención:

Muchas veces se oía: una mujer lloraba, iba gritando por la noche; andaba dando grandes gritos:

—¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!

Y a veces decía:

—Hijitos míos, ¿a dónde os llevaré? (Sahagún, 2006: 737).

### *Apariciones peligrosas*

Los informantes de fray Bernardino de Sahagún señalaban sobre la diosa Cihuacoatl:

Decían que esta diosa daba cosas adversas como pobreza, abatimiento, trabajos; aparecía muchas veces, según dicen, como una señora compuesta con unos atavíos como se usan en palacio. Decían que de noche voceaba y bramaba en el aire; esta diosa se llama Cihuacoatl, que quiere decir mujer de la culebra; y también la llamaban Tonantzin, que quiere decir nuestra madre [...] Los atavíos con que esta mujer aparecía eran blancos, y los cabellos los tocaba de manera que tenía como unos cornezuelos cruzados sobre la frente; dicen

también que traía una cuna a cuestas, como quien trae a su hijo en ella, y poníase en el *tianquiz* entre las otras mujeres, y desapareciendo dejaba allí la cuna. Cuando las otras mujeres advertían que aquella cuna estaba allí olvidada, miraban lo que estaba en ella y hallaban un pedernal como hierro de lanzón, con que ellos mataban a los que sacrificaban; en esto entendían que fue Cihuacoatl la que dejó allí (Sahagún, 2006: 31).

La “Mujer-Serpiente” era una diosa vinculada a la tierra, la maternidad y también a las deidades de la lluvia, elementos que eran vistos como un conjunto en muchos contextos. Por ejemplo, en la mitología se dice en una versión de la creación del mundo que éste se hizo cuando Tezcatlipoca y Quetzalcoatl, convertidos en serpientes, entraron por la boca y ombligo de la diosa Tlalteotl, dividiéndola en dos y creando el cielo y la tierra (Garibay, 2005: 105); en otra versión, primero fue creada el agua, sobre la cual se colocó “un peje grande, que se dice Cipactli”, a partir del cual se hizo la tierra (Garibay, 2005: 25); el mismo relato habla de que los dioses crearon en ese momento a Chalchiuhtlicue, diosa del agua, y Tlaloc, “dios de la lluvia”, pero que también era los cerros y la tierra misma (Garibay, 2005: 26). Finalmente, otra narración nos cuenta cómo la diosa de la tierra, Tlaltecuctli, después de haber sido partida y de sus restos creadas las montañas, cuevas, ríos y hierbas, “lloraba algunas veces por la noche, deseando comer corazones de hombres, y no se quería callar, en tanto que no se le daban, ni quería dar fruto, si no era regada con sangre de hombres” (Garibay, 2005: 108).

*Cihuacoatl*, mediante su llanto, anunciaba desgracias y demandaba alimento, sobre todo durante las noches:

[...] *vel panj qujquetza ynjne [-] [i]axtlaol, ynjaxtlacujl, ioaltica chocatinenca, tecoiohutinenca, noiautetzaujtl cacta* [de noche anda llorando, anda aullando, estaba por todas partes presagiando / espantando / asombrando // (Sahagún, 1577: I, 41).

Parece ser que con la llegada de los españoles, éstos se esforzaron por ligar a la Cihuacoatl con “apariciones” (Martínez Baracs, 1990: 63), como cuando describen los informantes de Sahagún lo que ocurrió cuando gobernaba, ya después de la conquista, en *Tlatelolco*, don Martín Ecatl: “Y en tiempo de éste el diablo que en figura de mujer andaba y aparecía, de día y de noche, y se llamaba Cioacóatl, comió un niño que estaba en la cuna en el pueblo de Azcaputzalco” (Martínez Baracs, 1990: 63; Sahagún, 2006: 433).

La Cihuacoatl no era la única figura femenina sobrenatural que atemorizaba a los antiguos nahuas. Las mujeres muertas en primer parto, que iban a la Casa del



**Figura 8** Antes de la llegada de los españoles, se escuchaba el llanto de la Cihuacoatl. Véase *Códice Florentino*, lib. XII, c. 1.

Sol, se convertían en *mocihuaquetzqueh*, “las mujeres valientes”, y habitaban del lado poniente del cielo, donde acompañaban durante el atardecer al astro hasta el ocaso, poniéndolo en custodia de los habitantes del lugar de los muertos, los *mictecah*,

[...] y luego se esparcían y descendían acá a la tierra, y buscaban husos para hilar, y lanzaderas para tejer, y petaquillas y todas las otras alhajas que son para tejer y labrar; y esto hacía el diablo para engañar, porque muchas veces aparecían a los de acá del mundo en forma de aquellas mujeres que se llaman *mocihuaquetzque*, y se representaban a los maridos de ellas, y les daban naguas y huipiles y todas las alhajas mujeriles [...] (Sahagún, 2006: 364-365).

Estas mujeres eran comparadas con la diosa Cihuacoatl y se esperaba que, ya como *mocihuaquetzqueh*, rogaran ante los dioses por quienes habían dejado en la tierra para que los favorecieran y que tuvieran cuidado “de proveer la pobreza” en la que estaban. Asimismo, se les rogaba que visitaran “desde allá” (Sahagún, 2006: 365). Sin embargo, estas visitas no siempre podrían ser tan gratas. De acuerdo con los informantes de Sahagún,



**Figura 9** Cihuacoatl, Museo Nacional de Antropología, recuperado de: <[https://es.wikipedia.org/wiki/Cihuacoatl#/media/Archivo:Cihuacoatl\\_statue\\_\(Museo\\_Nacional\\_Antropologia\).JPG](https://es.wikipedia.org/wiki/Cihuacoatl#/media/Archivo:Cihuacoatl_statue_(Museo_Nacional_Antropologia).JPG)>.



**Figura 10** Cihuacoatl, “La mujer serpiente”. Véase *Códice Florentino*, lib. VIII, c.1 y c. 6.

[...] decían que estas diosas andan juntas por el aire, y aparecen cuando quieren a los que viven sobre la tierra, y a los niños los empecen con enfermedades, como es dando enfermedad de perlesía, y entrando en los cuerpos humanos; y decían que andaban en las encrucijadas de los caminos, haciendo estos daños, y por esto los padres y madres vedaban a sus hijos e hijas que en ciertos días del año, en que tenían que descendían estas diosas, que no saliesen fuera de casa, porque no topasen con ellos estas diosas, y no les hiciesen algún daño; y cuando a alguno le entraba perlesía, y otra enfermedad repentina, o entraba en él algún demonio, decían que estas diosas lo habían hecho (Sahagún, 2006: 33).

Esos “ciertos días del año” estaba marcados en la cuenta de los días, *tonalpohualli*, por las fechas 1-Mazatl (1-venado), 1 Quiahuitl (1-lluvia), 1-Ozomatli (1-mono), 1-Calli (1-casa) y 1-Cuauhtli (1-águila), quizá turnándose ya que, en esta última fecha señalada, “sólo las más jóvenes de las Cihuateteuh, llamadas *Xocoyoy Teicahuan*, *Tlacoyehua* y *Tlayacapan*, bajaban a la tierra” (Johansson, 2016: 382).



**Figura 11** Mocihuaquetzqueh descendiendo el día Ce-Quiahuitl. Véase *Códice Florentino*, lib. IV, c. 11.

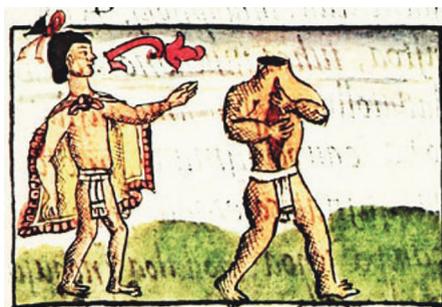


**Figura 12** Mocihuaquetzqui descendiendo en Ce-Quauhtli. Los niños debían permanecer en casa para prevenirles daños. Véase *Códice Florentino*, lib. IV, c. 33.

La ambivalencia de estas entidades es clara: se les invita a “visitar” pero se les teme debido a las enfermedades y males que pueden causar a los niños particularmente. Este mismo fenómeno, en el que la aparición puede ser deseada y temida, a la vez ocurre con el dios Tezcatlipoca, a quien se le atribuían distintas manifestaciones, como la del Yohualtepuztli, “el hacha nocturna”. Este ser aparecía por las noches provocando un ruido “como de quien hiende madero con hacha, lo cual de noche suena lejos”. Los que eran valientes se acercaban para descubrir que el que producía el sonido “era un hombre sin cabeza, que tenía cortado el pescuezo como un tronco, y el pecho tenía abierto y tenía a cada parte como una portecilla, como que se abrían y cerraban juntándose en el medio y, al cerrar, decían que hacían aquellos golpes que se oían a lo lejos” (Sahagún, 2006: 263). Si el que lo seguía era esforzado, metía la mano en el pecho de la criatura y lo agarraba del corazón, para que la aparición le hiciera alguna “merced”, ya fuera darle riquezas o valor para cautivar enemigos en batalla. Sin embargo, la deidad podía o no dar lo que deseaba su captor e, incluso, darle “pobreza y miseria y malaventura”, porque decían que en mano de Tezcatlipoca estaba “dar cualquier cosa que quisiese, adversa o próspera”. Ante las demandas de quien lo atrapaba, el fantasma respondía: “Gentil hombre, valiente hombre amigo mío, fulano, déjame, ¿qué me quieres?, que yo te daré lo que quisieres”, ante lo cual se debía negar a soltarlo el valiente, por lo cual se le darían espinas, que eran señal de que sería próspero en la guerra. También, se podría arrancar el corazón de la entidad y envolverlo para que, al día siguiente, ver qué aparecería en su lugar, lo cual le indicaría si sería próspero o desafortunado (Sahagún, 2006: 263-264). Aquel que no era valiente huiría y temería por su vida y fortuna (Sahagún, 2006: 264).



**Figura 13** Tezcatlipoca. Véase *Códice Borgia*, 17, recuperado de: <[http://www.famsi.org/spanish/research/graz/borgia/img\\_page17.html](http://www.famsi.org/spanish/research/graz/borgia/img_page17.html)>.



**Figura 14** Yohualtepuztli. Véase *Códice Florentino*, lib. V, c. 3.

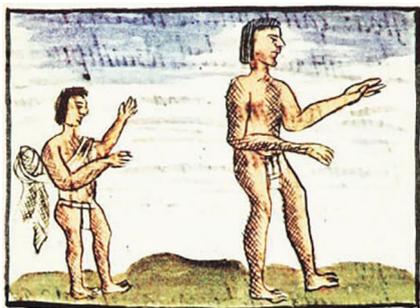
Tezcatlipoca, además, se aparecería de diversas maneras de “estantiguas” o fantasmas. Ante muchas de éstas, los valientes podrían capturarlas para conocer su destino u obtener riquezas o valor, en tanto que las personas cobardes “arrancaban a huir y perdían el espíritu de tal manera de aquel miedo que morían en breve o acontecía algún desastre” (Sahagún, 2006: 268).<sup>5</sup> Entre las formas en que se presentaba podría ser de *tlacanexquimilli*, “unas fantasmas que no tienen pies ni cabeza, las cuales andan rodando por el suelo y dando gemidos como enfermo” (Sahagún, 2006: 267-268).

Había también otras formas de Tezcatlipoca en las que, por muy esforzado que fuese a quien se le aparecía, el resultado sería el mismo: quedaría burlado y eventualmente el cansancio y el miedo lo harían huir. Podría ser como “una mujer pequeña, enana, que llamaban *cuilapanton* o *centlapachton*, que ‘tenía los cabellos largos y hasta la cinta, y su andar era como un ánade anda’” (Sahagún, 2006: 268). Si alguien la quería atrapar, desaparecía y reaparecía junto hasta dejar burlada a su víctima. Otra imagen era “como una calavera de muerto” que aparecía en las noches y saltaba sobre las pantorrillas o detrás de las personas, haciendo “un ruido como calavera que iba saltando” (Sahagún, 2006: 268-269). Una forma más “era como un difunto que estaba amortajado, y estaba quejándose y gimiendo” y a la cual tampoco se podría capturar (Sahagún, 2006: 269). Sin embargo, Tezcatlipoca también podría proteger a la gente y no sólo burlarse: a veces se aparecía como un coyote, “y así transformado poníase delante de los caminantes, como atajándolos el camino, para que no pasasen adelante; y en esto entendía el caminante algún peligro había delante de ladrones o robadores, o que alguna desgracia le había de acontecer yendo el camino adelante” (Sahagún, 2006: 269).

Algunos otros “fantasmas” podrían ser más misteriosos y temidos, como el que se aparecía cerca de la mítica cueva de Cincalco, “que según relación de algunos era entre México y Coyuacan, en un lugar que llaman Atlixucan, donde dicen los viejos que todas las noches de esta vida salía una phantasma y se llevaba un hombre, el primero que topaba, el qual nunca mas parecía, y así huían de andar aquel camino de noche” (Durán, 2002: I, 563-564).

Estas apariciones eran particularmente frecuentes entre los sacerdotes, quienes iban de noche a los cerros por leña o a ofrendar a las deidades, pero, en general, podrían presentarse a cualquiera que estuviese fuera de su hogar luego de la puesta del

<sup>5</sup> Algo similar al actual “espanto”, en el que se escapa, debido a una fuerte impresión, el alma o alguna entidad anímica



**Figura 15** Tezcatlipoca podía aparecerse también como gigante. Véase *Códice Florentino*, lib. V, c. 11.



**Figura 16** Cuitlapantón/Centlapachton se burlaría de la gente. Véase *Códice Florentino*, lib. V, c. 13.



**Figura 17** Aparición como difunto amortajado. *Códice Florentino*, lib. V, c. 13.



**Figura 18** El coyote era otra forma de Tezcatlipoca, al punto que existía una deidad conocida como Coyotl inahual (“El coyote es su nahual”), recuperado de: <<https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/la-fauna-en-la-cosmovision-mesoamericana>>.

sol. Si bien resultaban aterradoras, estas apariciones podrían, si así lo deseaban éstas, comunicar el porvenir o responder las dudas de la humanidad. Al menos, de acuerdo con Diego Durán, esto creía Motecuhzoma cuando, ante los augurios que anunciaban la llegada de los españoles, demandó que se le informara lo que soñaban los viejos y viejas, y que avisaran a

[...] los sacerdotes que, en todas las visiones que vieren, así de muertos como de otras visiones que suelen ver de noche en los montes ó lugares caliginosos, que les pregunten todos

los sucesos que han de acontecer. Lo mismo encomendá á todos los que tienen por costumbre de andar de noche, y que si topasen á aquella mujer que dicen que anda de noche llorando y gimiendo, que le pregunten qué es lo que llora y gime, y que satisfagan de todo lo que acerca de estos negocios pudieren saber (Durán, 2002: I, 569-570).

Es muy importante señalar que todas, o al menos, la mayoría de estas apariciones, ocurrían en la noche, sobre todo en o cerca de los cerros, cuevas o de lugares con agua. En parte esto se debe a que el Sol era el que ponía orden entre los dioses, flechándolos para evitar que hicieran cualquier cosa. Sin él, las deidades tenían mayor libertad de acción. Por el otro lado, y que va de la mano del punto anterior, la noche era como una inversión en la que el mundo se veía influido por el Mictlan, el lugar de los muertos (Graulich, 1980). Los seres que habitaban allá se hacían presentes, o los que estaban sobre la tierra adquirían las características o influencias de aquéllos, como Tezcatlipoca, que en las noches se asemejaba a los difuntos o a los seres descarnados. También, los cerros eran los *tlaloqueh*, es decir, los dioses de la lluvia y la tierra, así como los muertos que se habían convertido en ellos, a la vez que residían en esos sitios, por lo que, durante la noche, se manifestaban en sus propios ámbitos. Finalmente, las cuevas y los lugares donde había presencia acuática, particularmente manantiales y ojos de agua, eran los puntos de comunicación entre la tierra y el Tlalocan, Mictlan o, en el caso de las primeras, también con el Cincalco (Ragot, 2000: 99-178; Limón, 2009; Manzanilla, 1994). Era tal la relación entre agua y cueva con los lugares de los muertos, que encontramos entre los discursos nahuas conocidos como *huehuetlahtolli*, “la palabra de los viejos” o “palabras viejas”, que cuando se recordaba a los difuntos se decía que estaban “en la cueva, y en el agua” (Sahagún, 2006: 351). En aquellos lugares, particularmente en los momentos enunciados, era posible que los vivos traspasaran también su ámbito para encontrarse con los moradores de otras regiones del mundo.

### *Visitas a “otras regiones”*

En los relatos orales actuales son frecuentes las historias de apariciones en cerros o lugares de agua, así como la presencia del “diablo” en las cuevas o de gente que entra a estas oquedades y encuentra riquezas o queda atrapada en un transcurrir del tiempo distinto, en el que dicho individuo no lo siente y afuera pasan incluso años. Algo similar contaban los antiguos nahuas.

Se cuenta en *La historia de los mexicanos por sus pinturas*, que los chalcas ofrecieron un jorobado a los dioses del agua encerrándolo en una cueva, “y él, por no tener

de comer, se traspuso y fue llevado do vio el palacio dicho [donde residía Tlaloc y los *tlaloqueh*] y la manera que se tenía por el dios. E ido después los criados del señor de Chalco, a ver si era muerto, le hallaron vivo y, traído, dijo lo que vio (Garibay, 2005: 26). Ese mismo año, los chalcas perdieron la guerra contra las fuerzas de Tenochtitlan y sus aliados.

Asimismo, es a través de una cueva que Motecuhzoma esperaba llegar al Cincalco para huir del mundo y sus responsabilidades ante los augurios que anunciaban el fin. El *tlahtoani* envió mensajeros, quienes “fueron y entraron en la cueva de Cincalco y hallaron cuatro caminos.<sup>6</sup> Convinieron todos por un camino abajo” (Tezozomoc, 2018: 505). Ahí, fueron recibidos por el viejo Totecchicahua y posteriormente conducidos ante Huemac, “el qual tenia una fiera figura” (Durán, 2002: I, 564). Este personaje respondió preguntando el por qué deseaba ir a ese lugar Motecuhzoma. Los emisarios volvieron con la respuesta, lo cual hizo enfadar al *tlahtoani*, quien encarceló a sus desventurados vasallos y en su lugar mandó “a sus *Xolos* esclavos”, quienes volvieron al Cincalco y fueron recibidos por Ixtepetla, “que tenía los ojos tan delgados que parecían la punta de una paja y la boca era por lo consiguiente” (Tezozomoc, 2018: 506).

Los intentos del *tlahtoani* resultaron en vano al final. Sin embargo, la historia resulta muy interesante. Por un lado, quienes ahí habitan parecieran tener facciones físicas “fieras”. Uno de los nombres con el que se conocía al Mictlan, “el lugar de los muertos”, es el de Mictlatli, “el lugar de los dañados”, así como Ximohuayan, “el lugar de los descarnados”, lo que hace pensar que los seres que ahí habitaban presentaban rasgos físicos deteriorados o distorsionados (recuérdese que algunas de las



**Figura 19** Motecuhzoma intentó huir al Cincalco, donde reinaba Huemac. Véase *Códice Florentino*, lib. XII, c. 9.

<sup>6</sup> En el *Popol Vuh*, de los mayas quichés, también existe esta creencia de los caminos que llevan al Xibalbá: *Enseguida llegaron donde se encontraban cuatro caminos / y allí sí fueron vencidos, donde se entrecruzan los cuatro caminos: / un camino era rojo / los otros eran un camino negro, / un camino blanco; / y el otro un camino amarillo. // Eran cuatro caminos. // Entonces habló el camino negro: / A mí deben segurime / yo soy el camino hacia los Señores, dijo el camino. // Allí pues comenzó su derrota, / al tomar el camino de Xibalbá //* (Sam Colop, 2008: 68).

apariciones previas eran deformes, ya fuera por no tener orejas o por poseer dos cabezas, o presentarse de manera calavérica). Por otro lado, los *xolos* eran personajes identificados con el dios Xolotl, quien era el nahual de Quetzalcoatl, el dios “perro”, así como patrono de los gemelos y de lo que se consideraba “anormal”, incluidos los enanos, los jorobados, entre otros, quienes, en ocasiones sacrificiales, tenían el papel de ser sacrificados para acompañar a los difuntos más reconocidos, como podría ser un *tlahtoani* fallecido (De la Garza, 2014).

### *Nuevas narrativas*

Los temas y los relatos aquí tratados fueron recopilados durante el siglo XVI y, presumiblemente, estaban presentes entre los nahuas desde antes de la llegada de los españoles. Muchas de estas historias y personajes tuvieron gran impacto y continuaron en la tradición oral, no solamente indígena, sino también mestiza y hasta criolla e hispana y, posteriormente, mexicana (incluso, más allá de las fronteras del actual territorio mexicano y entre otras tradiciones culturales).

Las apariciones de la diosa Cihuacoatl Tonantzin han sido quizás las que más impacto causaron en los españoles, al punto de que, a partir de su propia narrativa, se apropiaron de la espectral figura creando la leyenda de La Llorona. Si bien estos relatos siguen un modelo narrativo distinto al de las tradiciones indígenas, como el caso de la versión recogida por Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza (1888: 125-149), se mantuvieron ciertos temas presentes en los relatos populares, como la cercanía con el agua y el llanto, aunque se introduce como nuevo elemento el de una “maternidad irresponsable”. Por su parte, en distintas tradiciones también populares se retoman las versiones menos hispanizadas, siguiendo un curso propio, en las que una mujer-serpiente (o mujer que se transforma o toma características de animal) acecha a los hombres, se transforma en un animal, sobre todo una serpiente, y los mata. En ocasiones, las distintas tradiciones se entretrejen, otorgándole gran vitalidad a esta figura.

Los “fantasmas” en los montes y cuevas siguen siendo un tema muy frecuente, que incluso se actualiza. Ahí aparecen personajes que van desde famosos como Manuel Lozada, “el Tigre de Álica” (Castañeda, 200) y Emiliano Zapata (Granados, 2012: 40-44, 48-49) y, por su puesto, el diablo, así como los muertos y otras criaturas. Muchos de los relatos relacionados con las cuevas o los llamados “encantos” (espacios donde existe una mayor comunicación con los ámbitos y seres divinos, entre ellos cuevas, manantiales, cerros, etc.), se han actualizado, y se cuenta de gente que entró

o quedó atrapada en uno de esos sitios y obtuvo riquezas, vio algún ser escalofriante o estuvo a punto de ser devorado por los seres que ahí se encontraban.<sup>7</sup>

Lo que estos relatos y temas nos muestran es que, estos mismos, se niegan a morir del todo, que han logrado transformarse y que siguen entre nosotros, existiendo “de alguna manera”, como los difuntos que vivieron hace siglos y que, aun hoy, siguen entre nosotros, igual de vivos, en ámbitos del cosmos que se comunican, muchas veces, sin que nos demos cuenta.

### *Bibliografía*

- BENAVENTE, fray Toribio de, *Historia de los indios de la Nueva España*, Mercedes Serna Arnaiz y Bernat Castany Prado (eds.), Madrid, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles-Real Academia Española, 2014.
- CASTAÑEDA, Elisa Ramírez, “Collage o modelo para armar alrededor del tigre de Álica”, en *El héroe entre el mito y la historia*, México, CEMCA, 2000, recuperado de: <<http://books.openedition.org/cemca/1342>>.
- Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*, Primo Feliciano Velázquez (trad.), México, IHH-UNAM, 1975
- Códice Laud*, Graz, Famsi, Akademische Druck-u. Verlagsanstalt (Códice Selecti, 11), recuperado de: <<http://www.famsi.org/spanish/research/graz/laud/index.html>>.
- COLOP SAM, Luis Enrique (ed.), *Popol Wuj*, Guatemala, Editorial Cholsamaj, 2008.
- DURÁN, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, México, Conaculta, 2002.
- GARIBAY KINTANA, Ángel María, *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, México, Porrúa, 2005.
- GARZA, Mercedes de la, “El carácter sagrado del *xoloitzcuintli* entre los nahuas y los mayas”, *Arqueología Mexicana*, núm. 125, 2014, pp. 58-63.
- GARZA GÁLVEZ, Ignacio de la, “Los muertos de la tierra: los difuntos destinados al Mictlán y al Tlalocan”, *Vita Brevis. Revista Electrónica de Estudios de la Muerte*, año 6, núm. 11, julio-diciembre de 2017, pp. 174-192, recuperado de: <<https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/issue:1240>>.
- GRANADOS VÁZQUEZ, Berenice Araceli, “La construcción del héroe en el imaginario popular: Emiliano Zapata en la tradición oral morelense”, tesis de maestría, UNAM, México, 2012.
- GRAULICH, Michel, “L’au-Delá. Cyclique des anciens mexicains”, en *La antropología americanista en la actualidad. Homenaje a Raphael Girard*, t. I, México, Editores Mexicanos Unidos, 1980, pp. 253-270

---

<sup>7</sup> Muchos relatos de este estilo pueden encontrarse en la página web Antiguos Relatos Mesoamericanos, recuperados de: <<http://www.iifl.unam.mx/relatosmesoamericanos/index.php?pos=1&lg=0>>.

- JOHANSSON K., Patrick, “Presagios del fin de un mundo en textos proféticos nahuas”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 45, enero-junio de 2013, pp. 69-147, recuperado de: <<https://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn45/931.pdf>>.
- , *Miccacuicatl. Las exequias de los señores mexicas*. México, Primer Círculo, 2016.
- LIMÓN OLVERA, Silvia, *Las cuevas y el mito de origen. Los casos inca y mexicana*, México, CIALC-UNAM, 2009.
- MANZANILLA, Linda, 1994, “Las cuevas en el mundo mesoamericano”, *Ciencias*, núm. 36, octubre-diciembre de 2009, pp. 59-66
- MARTÍNEZ BARACS, Rodrigo, “Las apariciones de Cihuacóatl”, *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos*, núm. 24, abril-septiembre de 1990, pp. 55-66.
- MENDOZA CRUZ, Luis Carlos y Víctor ROSAS BASTIDA (coords.), *Los que suben ¿Yá no bajan? Relatos de la tradición oral de Xochimilco / In aquinque otlehcoque ¿Cuix ayamo temozque? Ihcon motlapohuia ipan Xochimilco*, México, INPI, 2020, recuperado de: <<https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/676430/relatos-tradicion-oral-xochimilco-bilingue-nahuatl-espanol-inpi.pdf>>.
- MOLINA, Marco Antonio, *Leyendas urbanas y tradicionales en el México del siglo XXI*, México, UAM-Xochimilco, 2018, recuperado de: <[Leyendas-urbanas.pdf \(uam.mx\)](#)>.
- RAGOT, Nathalie, *Les au-delás aztèques*, París, Monographs in American Archaeology, 7, 2000.
- RIVA PALACIO, Vicente y Juan de Dios PEZA, *Tradiciones y leyendas mexicanas*, México, J. Ballecá y Compañía Editores, 1888.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 2006.
- , *Historia General de las cosas de la Nueva España*, 1577, recuperado de: <[https://www.loc.gov/resource/gdcwdl.wdl\\_10096\\_001/?st=gallery](https://www.loc.gov/resource/gdcwdl.wdl_10096_001/?st=gallery)>.
- TEZOSOMOC, Hernando Alvarado, *Crónica mexicana: escrita hacia el año de 1598*, notas de Manuel Orozco y Berra, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2018.